

CAPÍTULO IV

Dos días más tarde fueron contratados, pero esta vez siendo el trabajo para quince días, podrían hacer vida en la casa. Cercaron con alambre una gran pradería, que rodeaba la casa. Finalizado este trabajo dieron comienzo al cercado de otra que también finalizaron. Sus cuerpos con buena alimentación y con el trabajo adquirieron vigor, sus caras irradiaban orgullo y satisfacción, cambios que Juan Nogueiras el propietario camuflado, notaba en ellos y en él mismo, pues en nada, durante todo este tiempo, se diferenciaba ni pretendió diferenciarse del grupo. El último encargo fue corregir los desperfectos de los establos y actualizar las instalaciones para los animales.

Dos meses de duro trabajo habían empleado en aquel cometido, todo se encontraba preparado para su funcionamiento. Juan Nogueiras si antes los había observado, durante este tiempo los había estudiado y probado, los tres eran excelentes y con el formarían un cuarteto inmejorable. Se descubrió y disculpó ante una posible ofensa, pagó lo acordado y les propuso quedarse trabajando en la granja. Explicó las condiciones generales, seis horas de trabajo al día, a partir de esta cantidad de horas el rendimiento desciende a la mitad y se incrementan las probabilidades de accidentes, los fines de semana se alternarían por orden, había un bungaló independiente para cada uno, estaría la comida garantizada, además del salario estipulado. Finalmente, las vacaciones serían por cuenta del beneficiario.

El asombro se reflejaba en los rostros, aquello representaba el renacer, la salida del infierno por la puerta grande, suponiendo que el infierno tuviese puerta de salida y suponiendo también que tuviese puerta de entrada. Porque del infierno ni se entra ni se sale, en él se está, en él se permanece y vive, felices unos, atormentados otros, pero todos infernalmente viviendo.

Mientras no se instalasen los bungalós seguirían viviendo en la casa. Por lo de pronto al día siguiente comenzaría la compra del ganado. Seleccionó dentro de las razas autóctonas gallegas las que diesen mayor producción de carne y que fuesen a su vez de las más resistentes a las enfermedades, aunque cogieron algunas de diferentes variedades, por romanticismo. Era este el caso y no la motivación económica, más tarde incorporarían ocas, gallinas, conejos que tras hacerles unas madrigueras soltaron para que tomasen posesión del lugar, además de añadir un asno, que fue recogido en una protectora de animales.

No podían faltar perros de guarda, para la propiedad y los animales, el ataque de los lobos al ganado no se podía descartar, al contrario, debía tenerse muy presente.

El mastín de león o perro de ganado como lo llaman en su tierra, fue la raza escogida, cuatro hermosos y jóvenes ejemplares bastarían.

Uno de los días se averió el tractor negándose, no a caminar por ausencia de patas, sino negándose a rodar, porque ruedas sí tiene, negarse como coloquialmente suele decirse, negarse tercamente a carburar. Miguel Rodríguez levantó el capó, se dirigió al garaje, regresó con la caja de herramientas de la que como un cirujano fue cogiendo su instrumental, unas veces debajo, otras por los lados, desmontó piezas que después volvió a montar y a las dos horas el tractor rugía con mayor brío que antes. Miguel Rodríguez sonreía de satisfacción, a un motor renqueante era capaz de hacerlo cantar como a un ruiseñor, que recobraba la fuerza de su juventud. Sabemos la vida de José Monteñas pero

nada se ha dicho de la de él, toda espera cuando pasa de un tiempo prudencial se convierte en fastidio, antes de que el fastidio nos alcance vamos a conocer algo de su vida.
